

LA FERTILIA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

10 CTS.

DOMINGO 10 DE MARZO DE 1850.

N.º 89.

Llegada de un vate.

Procedente de Santa-Cruz de Tenerife y despues de 14 dias de navegacion en el místico español Correo número 2 *Corzo*, cuyo capitan es don José Beca y cuyo cargamento consistia en correspondencia, cochinilla y barrilla, ha desembarcado en el muelle de la ciudad de Cádiz, el 28 de febrero, el señor don Felipe Ferrari Blanco.

Este señor, aunque viene de Cuba y de Canarias, no es hijo de nuestras colonias, como algunos pudieran sospechar. Nada de eso. No creemos justo que las glorias de España se usurpen por nuestras posesiones ultramarinas. El señor Ferrari Blanco es vate indígena (es decir, español.) Valladolid fué su patria, y Villaclara, pueblo de la fértil y siempre fiel isla de Cuba, el lugar de su residencia por espacio de muchos años. Allí, cercado por todos los encantos de la naturaleza y al lado de su esposa y niños, compuso desde el primer verso hasta el último, un poema intitulado *La Padilleida ó las comunidades de Castilla*, esfuerzo gigante del ingenio humano, y epopeya en fin, que quizá igualará en mérito á la Iliada de Homero, á la Eneyda de Virgilio, á la Jerusalem del Tasso, á los *Iconoclastas* del poeta ru-

so Mirimindorf, al *Leonidas en las Termópilas* del polaco Quiriquicaski y á la *Coloneida* de Monseñor Tragueli.

Nosotros, al tributar estos elogios al vate don Felipe Ferrari Blanco, aun no hemos leído su poema; pero esta circunstancia no nos quita la facultad de alabar los escritos de este señor, puesto que ya lo conocemos de nombre por sus obras inéditas.

Para rendir el debido homenaje á su talento, nos basta saber que su poema ha sido admirado en Canarias por los individuos de la sociedad del Gabinete literario de Palma, ante quienes el señor Ferrari leyó y declamó su obra, produciendo en todo el auditorio el mas grande entusiasmo, segun consta del acta de la sesion á que nos referimos.

Para nosotros el testimonio de los canarios es irrecusable. Todos saben que los canarios son inteligentes en materia de cantos; de forma, que su parecer sobre los cantos épicos del señor Ferrari basta y sobra para los amantes de la poesía.

El señor Ferrari ha tenido la bondad de remitirnos el siguiente artículo intitulado *Escclamaciones de un español que vuelve á su patria al cabo de mas de veinte y tres años de ausencia*. Aunque no tuviésemos mas noticias de este excelente vate que su artículo, desde luego no podriamos menos de dar á su autor

el título de hombre grande.

Véase aquí á un poeta que se encara con sus contemporáneos para presentarles su *inspiración* que él no se atreve á llamar *magnífica y sublime*, y para decirles: *Si despues que hayais juzgado mi poema lo encontráseis con mérito, mi dicha no tendrá limites, pero si no le hallais digno de la atencion pública, perderé la única ilusion que me apega á la vida, y mi temeridad servirá de escarmiento á los que se lancen á las regiones de la epopeya.*

Este modo de discurrir es heróico, y ya predispone desde luego en favor de la grandeza de alma de nuestro vate épico. Y despues esclama: *Puesto frente á mis contemporáneos necesito PARA VIVIR Ó MORIR verlos arrugar el entrecejo de disgusto ó dilatarse sus pupilas en prueba de admiracion: no hay medio entre estos dos extremos.*

Quien demuestra tan sublime decision, por fuerza ha de tener un pensamiento digno de concebir, no una, sino cien epopeyas, para aplauso y admiracion del presente y de los venideros siglos. ¡Pues qué! ¿está vedado á la generacion de que formamos parte, producir una magnífica epopeya? ¿No se han inventado caminos de hierro y telégrafos eléctricos? ¿Pues porqué se ha de estrañar que tengamos en nuestro tiempo la ventura de ver con gloria de España que uno de sus hijos ha dado cima á un poema épico, que quizá vence en perfeccion á las mas grandiosas obras del arte y del ingenio?

Despues de recordar el señor Ferrari que en Cuba quedan su esposa y niños, y que en Valladolid tiene amigos y parientes, esclama: *Pues bien: por mucho que sea mi anhelo de ver á Valladolid y á Cuba, todavia es mayor el ansia que tengo de saber lo que pensará el público de mi obra.* Esto demuestra que en el

señor Ferrari hay una fé sin límites y un amor á su poema y á su gloria, digno de los mayores encomios. El artículo es como sigue:

Exclamaciones de un español que vuelve á su patria al cabo de mas de veinte y tres años de ausencia.

I.

«¡Oh España! ¡Dulce y cara patria mia! Al fin vuelvo á verte y á pisar tu hermoso y sagrado suelo. Déjame ante todo que prostrado en tus orillas, arrebatado de la efusion mas pura de entusiasmo, te abrace y te estreche y bese tu bendita y deseada tierra. Hartos años ¡ay! he pasado distante de tí, y siempre pensando en que una inmensidad de océano me separaba de tus playas, y triste y cabizbajo consideraba imposible para mí el volver á visitarte. Este deseo ardiente se ha realizado al fin, y he podido hoy respirar el aire que embalsama tus campos y ver al sol iluminando tus montañas. Nada son ya para mí los inconvenientes de una navegacion larga y peligrosa; nada es la separacion de los objetos en los cuales se cifran mi cariño y mis afectos, mi esposa y mis hijos; estoy en mi patria, y la honda sensacion de felicidad que en mi causa esta idea, me indemniza de todos los padecimientos y de todas las ansiedades de mi corazón.

II.

«Mas ¿porqué razon al declinar los dias de mi juventud, en la época de la madurez, en la edad de la prudencia he abandonado un confín lejano, desafiando las iras del pérfido elemento? ¡Ab cara patria mia! Este sacrificio te es debido, pues no puedo servirte sino de este único modo. Durante largos años, enmedio del silencio y la meditacion, he madurado y llevado á cabo un pensamiento grandioso y poético. Trabajando constante, aunque lentamente, vislumbrando unas veces el término de mi proyecto, desanimado otras, y cayéndoseme la pluma de la mano al considerar insuperables las dificultades que aun me quedaban por vencer: ora en el éxtasis del arrobamiento al contemplar los progresos de mi

obra; ya abatido y anonadado, juzgando imposible su conclusion: poseído unas veces del júbilo mas ineffable, otras del mas amargo desconsuelo, y siempre subyugado por una excitacion nerviosa y febril, conseguí por último dar cima á mi trabajo, y Dios sabe la suprema dicha que me fué permitido saborear en aquel momento. Este sueño de mi juventud, esta condicion de mi existencia, *esta inspiracion*, no me atrevo á decir *magnífica y sublime*, he la aquí, amada patria mia, recibela como un holocausto que te ofrezco; es mi poema intitulado *La Padilleida ó las comunidades de Castilla*.

III.

«Si, este es el fruto de largas vigiliass y de poéticas meditaciones. *Si despues que le hayan juzgado mis compatriotas halláren en él algun merito, mi dicha no tendrá límites, pues verá realizadas mis esperanzas. Si por el contrario no le halláren digno de fijar la atencion pública, perdida la única ilusion que me apega á la vida, minada mi existencia por el abatimiento y la tristeza, mi temeridad podrá servir de escarmiento á los que se lancen á las encumbradas regiones de la poesia heroica, y los harán mas cautos y precavidos. Pero quiero, me es indispensable presenciarr este terrible fallo, ansio asistir á la pronunciacion de esta fatal sentencia: puesto frente á mis contemporáneos, necesito para vivir ó morir verlos arrugar el entrecejo de disgusto, ó dilatarsé sus pupilas en prueba de admiracion: no hay medio para mí entre estos dos extremos. Ya en el archipiélago vecino de las Afortunadas he presenciado demostraciones inequívocas de aprobacion, he conseguido aplausos, pero esto no me basta; conozco que en la Península es donde están mis jueces verdaderos y naturales, y á ellos apelo, á ellos he venido á buscar, y en todo me someto gustoso á su dictámen.*

IV.

La hermosa ciudad situada á orillas del Pisuerga, la risueña Valladolid, me dió la vida, y en ella recibí las primeras impresiones: cerca de un cuarto de siglo hace que no la veo, y allí existen personas que me son muy que-

ridas por los vínculos de la amistad y del parentesco. ¿Cuál, pues, no será la intensidad de mis deseos por verme dentro de su recinto? ¡Ah! temo morir de alegría al divisar sus torres y edificios. Por otra parte, atravesando los mares con rumbo al occidente, se encuentra en una isla, perla rica y bella de la diadema de Castilla, la opulenta Cuba: esta es mi segunda patria, mi patria de adopcion. En el centro de esta isla hay un pueblo (*) en donde he pasado mas de la mitad de mi vida, en donde existen mi esposa y mis hijos, y en la cual he compuesto mi poema desde el primer verso hasta el último. Por todas estas razones la profeso un cariño entrañable, y su recuerdo se confunde en mi memoria con el de la misma ciudad natal. Deseo con vehemencia volver á Cuba y ver aquellos seres que son objeto de toda la ternura de mi corazón. ¡Ah! ¿cuál quisiera acortar el tiempo y el espacio que me separa de ellos! *Pues bien, por mucho que sea mi anhelo de ver á Valladolid y á Cuba, todavía es mayor el ansia que tengo de saber lo que pensará el público de mi obra*, y aguardo resignado la opinion que se forme acerca de ella; solo despues de esto me será dado gozar emociones que me son puramente personales.

Cádiz 28 de Febrero de 1850.

FELIPE FERRARI BLANCO.

OTROS VARIOS.

El Juicio final de D. Emilio Tajueco Gallardo.

Miguel Angel pintó un cuadro que representa el juicio final, obra llamada con razon la maravilla del arte. Tajueco Gallardo publicó el domingo último en las columnas del *Pro-*

(*) Villaclara.

greso, con el título de *Juicio final*, una cosa que quiso llamar *Episodio dramático*, y que sin duda alguna es de lo mejor que ha salido de su originalísima pluma para encanto de los que admiran su gigante ingenio. ¡*Miguel Ángel y Tajueco!* Véanse aquí dos nombres que al tratarse del juicio final han de caminar unidos, pues pertenecen á dos personas notables: la una famosa por su pincel, la otra no menos insigne por los rasgos de su pluma, mandados trazar en el papel por una imaginación fogosa.

El juicio final de Tajueco, concepción admirable de un ingenio precoz y volcánico, comienza de esta suerte:

Dios en su trono que circundan coros de ángeles. A la derecha los justos: á la izquierda los réprobos.)

¡Oh esfuerzo feliz del entendimiento humano! El juicio final es una sesión de Cortes en gobierno representativo. Hay diputados en la derecha y diputados en la izquierda: hay mayorías y minorías.

Habla Dios, diciendo:

Yo os mandé lo que os mandan vuestros reyes, amar al trono y respetar sus leyes: (1) y ofrecí á los sumisos cielo eterno y á los rebeldes eterno infierno.

La voz de Dios se ahoga entre el murmullo, dice Tajueco. De forma, que estos murmullos son de desaprobación.

Un ángel llama al orden, no con campanilla sino con estas palabras, á guisa de maestro de escuela.

¡Silencio, pecadores!

Oyese el clarín del juicio final y á su sonido todos se prosternan. Dios bendice á los justos, mientras que se escuchan músicas de ángeles: maldice luego á los réprobos y se oye el ruido del averno; porque el averno tiene también su ruido, á semejanza de los aldabones de las puertas.

Toma la palabra un réprobo para aclarar cierta alusión personal; pero como era diputado de la izquierda no le dejan en el libre ejercicio de sus facultades lingüísticas. Cantan los

réprobos y los justos; y entónces el final del juicio de don Emilio Tajueco Gallardo es como sigue:

«Los condenados con los ojos fijos en el suelo desfilan á espaldas de Dios. (1) Los justos por delante de Dios. Durante esta escena escuchanse las músicas celestiales.»

Música celestial y olorosas flores de la mas delicada poesía se encuentran en esta obra admirable del señor Tajueco Gallardo. Especialmente el fin de su juicio no puede menos de llamar la atención de cuantos leen con el mas fervido entusiasmo estos trabajos literarios que han de llevar á su autor, sin duda alguna, al templo de la inmortalidad. Desprecie á los envidiosos detractores que se ocupan en destruir la reputación de los jóvenes que empiezan gloriosamente su carrera literaria y que prometen honrar con sus escritos el parnaso español, y dejar muy atrás á los Lopes de Vega, á los Herreras, á los Riojas y á los Calderones. Estos son en verdad pigmeos al lado de los jóvenes géneos como el señor Tajueco Gallardo, porque para escribir bien, estudiaron antes. Los necios son los que para saber necesitan estudiar. Los grandes talentos todo lo saben: para ellos el estudio es trabajo en que solo deben emplearse los ganapanes. El ingenio tiende sus alas al viento y se remonta rápidamente hasta las nubes, y llega hasta el sol. Es cierto que sus alas se asemejan á las de Icaro, que son derretidas por los rayos de este planeta; pero ¿quién se acuerda de Icaro cuando se trata de saber sin estudiar?

Por tanto, nuestro amigo el señor Tajueco siga con gloria su carrera literaria, tan dichosamente comenzada con su novela *El águila de las tres cabezas*, y húrlese de los que envidian sus inmortales escritos. La envidia ruin siempre ha perseguido á los grandes hombres, y hay gentes tan envidiosas que hasta son capaces de envidiar á los tontos y á las tonterías.

A. L. M.

(1) *Estas no son ideas serviles.*

(1) *De forma, que esto ya no es sesión de Cortes, sino gran parada.*

JUAN PERILLAN.

NOVELA ORIGINAL.

Capítulo tercero.

De cómo andando el tiempo se encuentra Juan Perillan metido de hoz y de coz donde mucho deseaba.

Sonaban las doce de la noche cuando don Luis se apartaba de su amigo Macías, según se ha manifestado en el anterior capítulo. Luego que se vió solo aceleró su marcha cantando como siempre; y así pasó una calle y luego otra, y tras ellas otras diez, hasta entrar en un laberinto de callejuelas, en donde recatándose de uno que otro sereno que al paso encontraba, se paró ante una puerta pequeña y de miserable aspecto. Llamó, dando primero un golpe seco con el aldabon y después otros tres seguidos, á los cuales respondió desde dentro una voz de hombre con un ¿quién? prolongado.—Nadie!—dijo don Luis, y aplicando la boca al ojo de la cerradura añadió:—Nadie y nada!—Oyóse descorrer un cerrojo, y don Luis dió una palmada, á la cual siguió el ruido de otro cerrojo.—Sin novedad!—volvió á decir, y después de sonar una llave y una barra de hierro, se vió abierta una hoja de puerta, presentándose en lo oscuro el bulto de una persona á quien tendió la mano don Luis. Aceptóla la persona, y dándole entrada, volvió á oírse el ruido de la llave, el de la barra de hierro y el de los dos cerrojos, quedando nuestros dos personajes enteramente sumidos en una profunda oscuridad. Comenzaron á andar agarrados de las manos. Primeramente caminaron unos treinta pasos por piso llano: después subieron treinta escalones de una escalera de caracol; luego atravesaron por un pasadizo de unos diez pasos, y en seguida subieron otra escalera de otros treinta escalones, llegando á una meseta y parándose ante una puerta, que abrieron precediendo las palabras de—nadie, nada y sin novedad—de la de la calle.

Entraron por fin don Luis y su acompa-

ñante en una sala no muy grande y alumbrada por dos velas con pantallas, que estaban colocadas sobre una mesa cubierta de un tapete negro. Allí se hallaban ocho personas que al ver á don Luis se pusieron de pies y le saludaron unas reverentemente, y otras con notable orgullo: á todos respondió nuestro hombre con vivas muestras de alegría, y sentándose á la mesa, miró uno á uno á todos los circunstantes. Estos no pertenecían todos á una misma clase de la sociedad. Entre ellos había dos oficiales de ejército, que fueron los del orgulloso saludo; un sargento, tres paisanos de capa y sombrero calañés que bien á las claras manifestaban ser artesanos, un clérigo, y por último, una persona de grave y estudiado continente. El introductor, así que dejó á don Luis dentro de la sala, tornó á salir como si hubiera cumplido ya su misión, reducida á acompañar desde la puerta de la calle hasta aquel local á todos los que á la junta concurrían.—¿Conque no ha venido todavía? preguntó don Luis á la persona del grave continente.—No señor, respondió ésta asomando á sus labios una fugaz risita de complacencia: y lo extraño, continuó, porque es muy exacto en todas sus citas.—Pues lo esperaremos, repuso don Luis, porque es preciso en esta noche llevar nuestro plan á buen terreno.—Los oficiales se miraron mutuamente dando señales de aburrimiento, los artesanos bostezaron y el clérigo sacó el breviario, calóse unas gafas y púsose á rezar entre-dientes, mas como si murmurase que no como si dirigiera preces al Altísimo. Transcurrió una hora, invertida por don Luis en leer para sí unos cuantos manuscritos que sacó del bolsillo, en fumar dos cigarros y en tararear una que otra vez algunos compases de su canción favorita. En esto sonó un aldabonazo: todos prestaron atención y permanecieron quietos como estatuas de piedra, menos el clérigo que levantándose corrió á una puerta situada en el testero de la sala, y alzó el pestillo, aguardando con los ojos espantados, y ya sin gafas, que se repitiesen los aldabonazos. Se oyeron éstos, que fueron iguales á los dados por don Luis: todos permanecieron inmóviles y casi sin respirar, mientras se iba acercando el sonar de unos pasos dobles que pararon á la puerta de entrada de la habitación: tocaron á ésta como había tocado don Luis, y pronunciaron las pa-

labras de—nada, nadie y sin novedad—que éste había pronunciado, y todos los circunstantes tornaron á recobrar su anterior calma, mientras entraba un hombre embozado en una capa, que al verlo exclamó el del grave continente:—¡Ya está aquí!—Salud, señores; dijo el nuevo interlocutor, y todos le respondieron, quedándose atentamente mirándolo don Luis, en razon de que la voz no le era desconocida. Se acercó á la mesa el nuevo personaje y se desembozó. Era de mediana estatura, de basta configuracion y de fisonomía vulgar, si bien su larga nariz, cuya punta se inclinaba á la barba, revelaba á los discípulos de Lavater un hombre chismoso ó intrigantuelo. Lo mas notable en él eran unos enormes espejuelos verdes que cubrian su rostro á guisa de media careta. Quitóse el sombrero y mostró su cabeza medio rapada á navaja, cabeza que por su mediana frente y desarrollada *adquisividad*, hubiera dado en que entender á los partidarios de Gall; pero por fortuna no había allí ninguno de los que por la configuracion del cráneo pretenden saber las inclinaciones de los demás. Apenas don Luis le brindó con el asiento que parecia de preferencia, cuando el recién llegado se repautigó en él muy cómodamente dando voz á su lengua con estas palabras:—Señores: no tengo espresiones con que dar gracias á ustedes por la distincion presente. Por toda una eternidad (el clérigo se sonrió) la tendré gravada en lo mas profundo de mi pecho, pues aun no hago mas que llegar cuando ustedes me ponen á su cabeza (los dos oficiales se sonrieron.) Yo sabré corresponder á tan sublime confianza de la manera mas desinteresada (aquí el del grave continente dejó asomar á sus labios su ya conocida sonrisa); y en prueba de ello, prosiguió, y para ser breve, diré á ustedes que sabedor de su proyecto é invitado á tomar parte en él, pondré á ustedes de manifiesto las muchas cartas que he recibido de la corte; en las cuales se me dá conocimiento de cuanto allí se trama, para que aquí secunde yo el pensamiento general.—Mostró en efecto unas veinte cartas suscritas por personas notabilísimas, cuyos nombres hicieron una mágica impresion en los circunstantes; pero un ojo perspicaz hubiera echado de ver que estaban escritas por la propia mano, aunque con pretensiones de variar los caracteres de la

letra: además, ninguna tenia sello alguno de correo.—En combinacion, pues, prosiguió, con los planes de la corte, marcharemos con pié seguro. Por algunas de estas cartas se me pone en comunicacion con el coronel del regimiento de caballería que guarnece esta ciudad, con el segundo cabo y con otras personas. El plan se vivifica, se nutre, se robustece. No obstante, hay un enorme escollo, escollo tremendo que debemos denodadamente vencer. Este escollo, esta sirte, este mal, este obstáculo es la falta de dinero.—¡Es verdad!... exclamaron á una los oficiales, en tanto que don Luis se llevaba la mano al bolsillo, el clérigo sacaba un pañuelo catalan para sonarse, y el del grave continente se frotaba las manos.—Pues si no hay dinero, añadió, lo buscaremos: aquí tengo una lista de cinco comerciantes de nuestra opinion, á quienes mañana, acompañado de don Luis, iré á exigirles por ahora, y para los primeros gastos, la mezquina suma de quinientos duros. Será el depositario el señor, dijo señalando al del aspecto grave, quien con su acostumbrada sonrisa admitió el encargo no sin que fruncieran las cejas los oficiales.—Pero he descubierto, exclamó ahuecando la voz y hablando de una manera enfática: he descubierto una vasta red contra nosotros, cuyos hilos tiene en su mano una elevada persona de esta ciudad!—¿Cuál? preguntaron á una todos los circunstantes.—¡El baron de Amalte! respondió el improvisado presidente.—¿Pues hay mas que matarlo? repuso el sargento.—No, no conviene, dijo el fatídico orador. El baron de Amalte es ahora el gefe de la policia secreta, y con un paso tan violento llamamos la atencion del gobierno. Así me parece mejor contraminar el terreno, colocando nosotros un espíoc de sirviente en la misma casa del señor baron.—¡Bravo! exclamó don Luis; y todos los demás aprobaron el pensamiento.—Ninguno de ustedes, dijo el reciénvenido, sirve para el caso: es preciso buscar uno que no inspire desconfianza á la policia por su cualidad de sirviente.—Pues yo me ofrezco á buscarlo, repuso don Luis, calmando con su promesa la ansiedad que había en todos los semblantes.

Con esto el presidente se levantó de su asiento diciendo:—Todo, pues, está hecho por esta noche. Los oficiales se marcharon sin saludar, los artesanos que nada habían hablado en to-

da la sesión, se despidieron, el clérigo hizo lo propio; el sargento se fué casi sin despedirse; el de la sonrisa despues de hablar algunas palabras al oído con el presidente, practicó lo mismo, y el clérigo desapareció con un retumbante latínajo. Quedaron los últimos don Luis y el orador, quien entónces se quitó los espejuelos.—No en valde, exclamó aquel, no me era desconocida la voz de usted: se dieron las manos y preguntó:—¿Y el herido?—Muy malo: la precisión de venir aquí me ha obligado á abandonarlo por unos instantes. Ahora comprenderá usted la causa de mi tardanza.—Era el padrino del herido en el duelo con Macías.

Salieron juntos y en la primera esquina se apartaron, quedando citados para recoger al día siguiente los quinientos duros de que mas arriba he hablado.

La siguiente noche fué la de la cita de Macías con su adorada Sabea. Lo dejamos entrando por una de las puertas que daban á las habitaciones interiores y llevado por la vieja cocinera. Pues bien: anduvieron de puntillas unas cuantas habitaciones, bajaron una escalera y se encontraron en un jardín por cuya puerta salió el amante á la calle, despidiéndole su guía con un grotesco saludo. Ya fuera de la casa, se paró al pié del balcon de la sala, en que habia dejado á Sabea por si escuchaba alguna cosa. Entónces se acercó Perillan diciéndole:—¿Ha visto usted? ¡Cuando menos se esperaba! apenas tuve tiempo de avisar.—Los dos estuvieron escuchando un gran rato; pero nada se percibia. Suspiró tristemente el enamorado joven y comenzó á andar seguido de su criado.

Al otro día, lleno de suma inquietud por saber nuevas de su ídolo, no habia aun

el rojo paso de la blanca aurora

sacudido el fresco rocío de las galanas flores, cuando ya el férvido amante dejaba su lecho para escribir á su adorada los sentimientos de su corazón. Pero si mucho madrugó, no madrugó menos don Luis, que con los primeros rayos del sol entraba á visitar á su amigo.—¡Siempre de epistolas! le dijo al mirar que estaba escribiendo. Pues lo que es esta, añadió, me la has de leer ó reñimos para nunca jamás volvernos á ver.—No necesitas tanto, repuso Macías: no es un secreto para tí que eres mi amigo; además que no la conoces. Siéntate y escucha.

«Encanto de mi corazón: Está visto; solo la esperanza es el don que el cielo me concede, es la luz de mi alma enmedio de la oscuridad de mis deseos; don precioso, luz celestial, pero que no bastan á satisfacer mi afán ni mi tormento. He pisado el umbral de mi felicidad, he tocado el riquísimo tesoro tan deseado de mí; pero la mano de hierro de mi adversa suerte cerró de súbito la puerta de mi alegría y alejó de mí el bien avidamente apetecido. ¿Cómo puedo vivir así? ¿Es vida la ansiedad? Mirarte y desaparecer de tu lado, abrazarte y tener que desasir tus amorosos lazos, besarte y huir de tu presencia... ¿no es esto muy mas cruel que el suplicio de Tántalo? Todavía mis labios, amadisima Sabea, sienten el fuego de tu divina frente, cuando anoche, embriagado de placer, los puse en ella para que con un beso de amor te dijieran de mi pasión lo que de ella no podían expresar con palabras. Si es locura hablar así, culpate á tí propia de mi locura. ¿Porqué eres para mí tan bella? ¿Porqué tienes ese alma tan igual á la mia, ese alma que como la de tu amante, se ha nutrido con sinsabores y ha crecido á la sombra del dolor? ¡Ah vida mia! que se vea pronto á tu lado abrazándote, besándote como anoche tu amante

MACIAS.

¡Magnífico! exclamó don Luis. Una proclama escrita por tí daría golpe! no lo echaré en saco roto. Pero al caso: he madrugado tanto porque necesito de tu criado para un asunto importantísimo al proyecto de que tienes algun conocimiento.—¿De mi criado? preguntó Macías.—Sí, respondió don Luis: urge poner un espía al baron de Amalte. Tu criado es listo, segun tú me has informado, y por mas que ayer, por no causarte un desavío, pasé el día buscando uno para el caso, no lo pude encontrar de toda mi confianza. Conque así, llámalo.—¿Pero es para el baron de Amalte? preguntó Macías.—Para el mismo, replicó don Luis, y su amigo llamó apresuradamente á Perillan.—No puedes adivinar, dijo Macías, cuánto me intereso ahora por tu proyecto: ese baron es el esposo de Sabea.

F. S. DEL ARCO.

(Continuad.)

TEATRO PRINCIPAL.

Grandes eran los deseos en Cádiz de oír á una buena compañía de verso, de que por mucho tiempo hemos carecido, pues si bien es cierto que el último verano tuvimos el gusto de oír primero al señor Arjona y á la señora Baus y despues al señor Valero, estos distinguidos artistas se encontraban aislados, es decir, sin que hubiera ni aun medianos cómicos que lo acompañaran en sus trabajos. Ahora deben estar muy satisfechos los concurrentes á este teatro, porque la compañía se compone de actores de bastante mérito, los cuales escasean mucho en el dia, y tanto mas cuanto que no bien se distingue alguno en cualquier género, cuando el teatro español se apresura á arrebatarlo de las provincias, como si estas debieran estar condenadas á no tener nada bueno.

Por fortuna para nosotros, hasta ahora nos han dejado á la señora Valero, á la señora Revilla y al señor Lozano, actores cada cual en su género de primer orden y que nada tienen que envidiar á los mas distinguidos de España. Estos tres apreciables artistas, que sin ofensa á los demás debemos colocar en primera linea, hacen parte de la compañía que, procedente del teatro de San-Fernando de Sevilla, ha venido á Cádiz para dar doce funciones, de las cuales hemos oído ya seis. La señora Buzon, como dama jóven, el señor Revilla como galán, y el señor Val, merecen ser contados entre los buenos artistas y en todas las representaciones en que han tomado parte han agradado al público, especialmente la señora Buzon, que cada dia vá haciendo grandes adelantos. Hânse puesto en escena, en el corto tiempo de seis dias, *La segunda dama duende*, las *Borrascas del corazon*, *El Escomulgado*, *Los dos doctores*, *Lo que son mugeres* y *La moza de cántaro*; esto sin contar con las piezas en un acto, como *Dos y uno*, *La novia impaciente* y otras varias.

Sin embargo de que parece que no habia de estar en la cuerda de la señora Revilla el papel de *La dama duende*, lo llenó perfectamente siendo en muchas ocasiones muy justamente aplaudida. En el de graciosa no hay nada que pedirle: desde que se presenta en la escena cau-

tiva la atención de los espectadores; tanto por su naturalidad, como por su donaire é inteligencia. En todos los dramas y comedias en que ha tenido que trabajar la señora Valero, ha mostrado que posee en alto grado las dotes de una gran actriz. En las *Borrascas del corazon* y en *El Escomulgado* estuvo sublime: demás es decir que arrancó grandes aplausos, siendo llamada á la escena á la conclusion de uno y otro drama. Igualmente feliz estuvo en el desempeño de los papeles que le fueron encomendados en *Los dos doctores*, en *Lo que son mugeres* y *La moza de cántaro*; no obstante de pertenecer estas á tan distinto género. Sus maneras, su buen decir y sobre todo su gran inteligencia en el arte, la colocan en el lugar de las primeras actrices de España. El señor Lozano es asimismo uno de los actores mas sobresalientes que tenemos; en *El Escomulgado* no dejó nada que desear y fué muy justamente aplaudido: caracterizó perfectamente el papel de don Jaime de Aragon: su dignidad, sus buenos modales, su hermosa voz y gran naturalidad, le hacen ser siempre escuchado con sumo agrado. Los demas actores de la compañía no han dejado de contribuir al buen desempeño de todas las comedias que hasta ahora hemos tenido el placer de oír, mereciendo especial mencion la señora Buzon y el señor Revilla.

La excesiva abundancia de materiales nos impide insertar hoy varios artículos que nos han dirijido en respuesta al *Remitido singular* que insertamos en el número anterior de *La Tertulia*.

Tampoco, por la misma causa, podemos hoy dar cabida á una linda poesía de un apreciable amigo nuestro.

CADIZ: 1850.

Imprenta de Don Francisco Pantoja, calle de la Aduana, número 20.